



VOLUMEN 6

Emilio Duhau
editor

Ciudad de México: La construcción permanente de la metrópoli



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Fernando Carrión
Michael Cohen
Pedro Pérez
Alfredo Rodríguez
Jaime Erazo Espinosa

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Edición de estilo
Alejo Romano

Impresión
Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-27-8

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: febrero de 2012

Contenido

Presentación	7
Introducción <i>Emilio Duhau</i>	9
 I. El tránsito hacia un nuevo orden urbano	
Cambios económicos y morfológicos en la Zona Metropolitana del Valle de México <i>Emilio Pradilla Cobos, Felipe Moreno Galván</i> <i>y Lisett Márquez López</i>	49
México 2010: una ciudad que improvisa su globalización <i>Néstor García Canclini</i>	93
 II. La producción del espacio urbano	
La urbanización irregular y el orden urbano en la Zona Metropolitana del Valle de México (1990-2005) <i>Priscilla Connolly</i>	111
Los nuevos productores del espacio habitable. Breve historia de una mercancía posible <i>Emilio Duhau</i>	147
El Bando 2: ¿re poblamiento de la ciudad central? <i>René Flores Arenales y María Teresa Esquivel Hernández</i>	165

Santa Fe como una nueva forma de producción del espacio urbano	195
<i>Margarita Pérez Negrete</i>	

III. Habitar la metrópoli

Género, pobreza y ciudad	221
<i>Martha Schteingart</i> (con la colaboración de Guadalupe Aguilar y Laura Ortiz)	
Conjuntos habitacionales y vida colectiva	255
<i>María Teresa Esquivel Hernández</i>	
De los suburbios residenciales a los conjuntos cerrados: espacio local y prácticas de consumo	287
<i>Angela Giglia</i>	
Los espacios públicos en la ciudad de México: desafíos de una política de la diferencia	313
<i>Patricia Ramírez Kuri</i>	

IV. ¿Una metrópoli que se democratiza?

La planeación y la gestión urbana frente a la utopía de la ciudad incluyente	345
<i>René Coulomb</i>	
Procesos políticos, cultura y participación ciudadana en la ciudad de México	371
<i>Héctor Tejera Gaona</i>	
La participación ciudadana y la política de desarrollo social en el Distrito Federal (1997-2010)	411
<i>Cristina Sánchez Mejorada F y Lucía Álvarez Enríquez</i>	
¿Hacia un nuevo modelo de transporte público en la ciudad de México? Un recuento de las acciones en curso	455
<i>Bernardo Navarro Benítez</i>	

Santa Fe como una nueva forma de producción del espacio urbano¹

Margarita Pérez Negrete²

Introducción

Cuando en la Ciudad de México se materializan los cambios que imprime el proceso de globalización, emergen espacios que expresan una nueva forma de producir la ciudad. Se introduce una fórmula en la que la relación entre los ámbitos público y privado se conjuga en la organización del territorio, con consecuencias importantes en la manera en que las personas viven, laboran, se desplazan y, más aun, se interrelacionan. Las siguientes líneas buscan dar cuenta de la emergencia y funcionamiento de una zona que ilustra esta nueva forma de producir la ciudad. Se trata del caso del megaproyecto Santa Fe, que ha sido concebido como el resultado de un proyecto político de corte neoliberal que se instauró en el país a finales de la década de los ochenta. El paso de una matriz estadocéntrica a una de corte mercadocéntrico implicaba la instrumentación de diversas propuestas que sugerían el “achicamiento” del Estado y, por ende, de sus funciones. La participación en este esquema de un sector privado cada vez más dinámico y con mayor capacidad de gestión frente a las políticas gubernamentales marcó decisivamente la puesta en marcha de ciertos proyectos de planeación urbana. Es el caso de Santa Fe, donde es claro cómo lo privado entra al juego de lo público en la misma redefinición de ciudad.

1 Los datos e información que se presentan en este capítulo son parte de una investigación más amplia publicada por Pérez Negrete (2010).

2 Posdoctorante del Centro de Estudios Superiores en Antropología Social, México DF.

En un primer apartado se presentará una reconstrucción del proceso de creación del megaproyecto, desde la perspectiva de los planeadores y de las personas que estuvieron involucradas en su surgimiento, haciendo especial hincapié en el referente ideológico del pensamiento neoliberal que impulsó y motivó la acción de los planeadores. El papel de los actores, así como el marco institucional en el que operaron, es crucial para entender el contexto en el que surgió Santa Fe.

Un segundo apartado ilustra la manera en que el carácter de lo privado va tomando forma en la redefinición de la ciudad. Santa Fe refleja, en todo caso, un *parteeaguas* en la manera en que se realizan los acuerdos entre el Gobierno y la sociedad, mostrando, a partir de las evidencias presentadas, la forma en que el sector privado acaba por marcar la huella de su hegemonía en tales acuerdos. Ello se plasma en el carácter y disposición de los elementos arquitectónicos, en el diseño de las calles y avenidas, y en los dispositivos y objetos contenidos en la zona. Aquí se recurrirá al análisis de la trama urbana como una herramienta que permite, entre otras cosas, descubrir cómo se organiza el espacio en una ciudad o en una parte de ella.

El tercer apartado aborda el tema de las repercusiones sociales que origina la nueva organización espacial. Como consecuencia lógica de la disposición de los elementos arquitectónicos y de los objetos contenidos en la zona, se verá cómo las dinámicas sociales tienden a mostrar ciertas particularidades en el caso de Santa Fe. Al invertir el diseño urbano, el orden arquitectónico prevaleciente en otros espacios de la ciudad, se explorarán cuáles son las implicaciones que suscita esta alteración. Dos aspectos son fundamentales. Primero, a pesar de que el espacio público resignifica sus funciones y adquiere un carácter funcional, las dinámicas sociales reproducen las prácticas que son tradicionales en la ciudad, aun cuando buscaban eliminarse. El segundo aspecto está relacionado con la disposición que, desde el espacio público, proyectan las convenciones arquitectónicas. Aspectos tales como las reacciones que producen las formas arquitectónicas en las personas y la manera en que el alineamiento de los objetos organiza a los individuos en el espacio serán motivo de reflexión y análisis.

El origen: el pensamiento neoliberal en la planificación urbana.

Actores e instituciones

El surgimiento de Santa Fe no puede entenderse si no es a partir de las ideas y del proyecto político y económico que tomó fuerza en el momento en que esta zona fue concebida. Una serie de políticas de corte neoliberal que se instrumentó en el país durante la década de los ochenta marcó profundamente la actividad institucional del gobierno, así como las acciones de quienes tomaban decisiones tanto a nivel federal como a nivel local. En el caso específico del Distrito Federal, recordemos que, todavía en esa década, la regencia³ era designada por la Presidencia de la República. Por ello, podría decirse que quienes dirigían el Gobierno de la capital pertenecían al mismo grupo de tecnócratas⁴ que caracterizó al equipo político del país. En México, el grupo de tecnócratas empezó a ejercer cargos públicos a partir del gobierno de Miguel de la Madrid, especialmente con la entrada del país al GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade* [Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles]) en el año de 1986, y durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, con la firma del TLC (Tratado de Libre Comercio). Este grupo ocupó los cargos públicos más importantes del país; se trataba de personas que tenían como sello distintivo de su trayectoria el haberse preparado en Estados Unidos bajo el influjo del pensamiento neoliberal.

La fortaleza del neoliberalismo como aparato ideológico se fue construyendo desde los grandes centros mundiales de poder. Los primeros gobiernos en el mundo que lo pusieron en práctica fueron los de Estados Unidos e Inglaterra, a principios de la década de los ochenta. Al respec-

3 Como se denominaba entonces a la dirección del Gobierno, representada por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), partido oficial de México que estuvo en el poder durante más de setenta años. En el año de 1997 tomó posesión el primer gobierno electo popularmente en el Distrito Federal; este se convirtió en una entidad autónoma local con gobierno propio –Gobierno del Distrito Federal (GFD)– y dejó de ser una entidad dependiente del gobierno federal, como lo era el Departamento del Distrito Federal (DDF).

4 Etimológicamente, la palabra tecnócrata se refiere a un “gobierno de técnicos” o especialistas en una materia (*tecnó* = técnica, y *krat* = fuerza). Es decir, se trata de personas que “(...) ejercen un cargo público con tendencia a hallar soluciones apegadas a la técnica o técnicamente eficaces por encima de otras consideraciones ideológicas, políticas o sociales” (Pérez Negrete, 2010: 57).

to, David Harvey nos relata la manera en que se desplegó todo este aparato ideológico, primero en Estados Unidos e Inglaterra, y después en otras partes del mundo. El vuelco neoliberal (*neoliberal turn*) se consolidó a través de diversos y poderosos canales de influencia ideológica que operaron de distinta forma según el país en el que se instaló. En palabras de Harvey (2007: 40):

(...) a través de las corporaciones, los media y las diversas instituciones por las que se constituye la sociedad civil, como las universidades, escuelas, iglesias y asociaciones profesionales. La gran marcha de las ideas neoliberales a través de las instituciones que Hayek vislumbró en 1947, la organización de los *think tanks* (con fondos y apoyos corporativos), la captura de ciertos segmentos mediáticos y la conversión de muchos intelectuales a la forma del pensamiento neoliberal crearon un clima de opinión en apoyo al neoliberalismo como garante exclusivo de la libertad. Estos movimientos posteriormente se consolidaron a través de la captura de los partidos políticos y, finalmente, del poder del Estado⁵.

De forma tal que la influencia de todo este aparato ideológico marcó, a través de las instancias académicas norteamericanas, el accionar del grupo en el poder en México durante esa época, y ello iría definiendo, para el caso particular que nos ocupa en el DF, el tipo de proyectos urbanos que se materializarían en la ciudad. Sin embargo, antes de hablar de Santa Fe, es necesario no perder de vista la figura de un personaje clave que estuvo involucrado en su origen. Se trata de Juan Enríquez Cabot⁶, principal ideólogo del proyecto, quien perteneció al grupo de tecnócratas del entonces regente de la Ciudad de México, Manuel Camacho Solís. De igual manera, es indispensable analizar el papel que desempeñó una empresa paraestatal del gobierno capitalino de nombre Servimet (Servicios Metropolitanos, S.A. de C.V.) en la creación del megaproyecto. Como veremos, el funcionamiento sui generis de esta empresa determinará, en el posterior desarrollo de Santa Fe, una serie de dinámicas que nos explican por qué el megaproyecto rompe, desde sus inicios, con los meca-

5 La traducción es mía.

6 En otra publicación Pérez Negrete, (2010) abordo con detalle el tema del surgimiento de Santa Fe a través de la figura de sus ideólogos e instituciones.

nismos tradicionales de planeación y con la misma organización del espacio urbano.

Enríquez Cabot llegó como director de Servimet en el año 1987. Aun cuando la empresa se había creado desde el año 1977, Enríquez comentó que solo a partir del momento en que la dirigió, se inició un proceso de reestructuración por medio del cual empezó a funcionar con criterios empresariales. De tal suerte que, desde la perspectiva de los funcionarios que lo rodearon y desde la del propio Enríquez, en el momento de su reestructuración se convirtió en una entidad autofinanciable que empezó a obtener importantes ganancias. Durante esta época, Manuel Camacho Solís tenía como preocupación central explorar nuevas opciones de desarrollo para la capital. Él veía que la economía de la ciudad estaba en crisis y había que darle un giro, pues, de ser esta una ciudad orientada hacia el sistema de sustitución de importaciones con industrias viejas y con grandes obstáculos para poder crecer, era necesario transformar algunos sectores de la ciudad con infraestructura adecuada para atraer inversión nueva. Es decir, en su opinión, era necesario consolidar a la ciudad bajo el proyecto político y económico de la globalización.

Para Enríquez Cabot, tomar control de la empresa y hacerla rentable era una tarea que veía con entusiasmo. El argumento central que utilizó para ganar la anuencia del equipo del regente Camacho Solís, y especialmente el de Pedro Aspe⁷, fue que si Servimet no había pagado impuestos durante casi diez años de funcionamiento, podría empezar a pagarlos al transformarse en una empresa líquida. Como él mismo me lo comentó en una entrevista:

(...) si yo reestructuro la empresa y te pago los impuestos que te debo, tú me dejas operar como una empresa líquida y me nombras contralor, me nombras a un miembro del Consejo. Pero me vas a dejar operar no bajo las reglas burocráticas, me vas a dejar operar bajo las reglas de una empresa privada (...) (Ex director de Servimet, entrevista, 1988-1994).

Las intenciones que estaban detrás del éxito de cada proyecto que buscó instrumentarse en la Ciudad de México durante esta etapa daban cuenta de la convicción personal y de la profunda creencia, tanto de Enríquez

7 Secretario de Hacienda y Crédito Público.

como de otros planeadores, de que las pautas que marcaron el buen funcionamiento de los proyectos donde fueron instrumentadas se harían extensivas al caso mexicano. Según Enríquez, en aquella época se contaba con tres puntos básicos para poder crecer en la ciudad: un área en Xochimilco, otra en Iztapalapa y otra en Santa Fe. Con el dinero que se empezó a generar en esta última no solo se reestructuraron las primeras dos áreas sino que se incorporaron nuevos proyectos a la ciudad, como el Museo del Niño, la reestructuración del Auditorio Nacional y la reforma del Zoológico de Chapultepec. Así, Santa Fe, además de surgir como un enclave global, se convirtió en el detonante de otros proyectos importantes para la ciudad.

En el año 1988, el nuevo Gobierno marcó un completo proceso de reestructuración en la vida de la empresa paraestatal. El proceso de urbanización de la zona de Santa Fe se convirtió en la actividad más rentable y productiva de Servimet. La incorporación y administración de 1.146 hectáreas de terreno, que incluían 160 hectáreas para la construcción de un vaso regulador de aguas en el área, le confirieron a esta empresa una dinámica que le permitiría apuntalar proyectos estratégicos para la ciudad. En este período, la entidad alcanzó un alto nivel de rentabilidad y autosuficiencia que le permitió, como se había previsto desde su reestructuración, operar sin recurrir al presupuesto de la ciudad.

Por ello, la peculiaridad de Santa Fe como un desarrollo único en su género está marcada por su origen: surgió bajo el paraguas de una empresa paraestatal que operaba como empresa privada. Este es un elemento central del que parte la explicación de por qué Santa Fe es diferente del resto del contexto urbano, pues los terrenos del desarrollo son jurídicamente de carácter privado, pero entran al juego de lo público. Entonces, definir qué pertenece a la esfera pública y qué a la privada resulta, desde este punto de vista, una tarea que entra al ámbito de lo ambiguo.

Otros aspectos irán marcando su ulterior desarrollo. Aun cuando la zona del megaproyecto se encuentra enclavada en dos delegaciones—Cuajimalpa y Álvaro Obregón—, hasta el momento, ninguna de ellas ha tenido una injerencia directa en su administración, ni ha aportado recursos, como ocurre con cualquier otra zona del DF. Como lo comentó un exfuncionario de Servimet:

(...) es algo atípico, porque el dueño de los terrenos, el dueño de la zona es Servimet, es una empresa paraestatal, y como empresa tiene fines de lucro, por eso el Gobierno la crea, para tener un brazo económico, pues, por definición, el Gobierno como tal no tiene como objetivo de lucro, no puede ganar dinero (...). Servimet es prácticamente la dueña de todo esto, el Gobierno no le puede meter dinero a una empresa privada porque técnicamente esto es un desarrollo privado, entonces en las calles, el alumbrado, etc., todo lo tiene que dar [suministrar] el que vende, comercializa y hace el urbanismo, entonces por eso aquí no hay policías, está la seguridad privada –Policía bancaria e industrial– pagada por la asociación de colonos, que es la que realmente financia todo esto (Ex funcionario de Servimet, entrevista 2000–2002).

De forma tal que Santa Fe es la única zona de la ciudad que no está administrada por alguna delegación política del DF, y ante el posterior proceso de liquidación en que cae Servimet, la Asociación de Colonos (ACSF) del lugar ha tomado completo control de la zona. Lo que presenciamos entonces es un continuo proceso en el que una situación atípica –como lo es la concepción misma del megaproyecto bajo el paraguas de una empresa paraestatal que entra en fase de liquidación– conlleva a una sucesión de irregularidades en las que un grupo organizado, el de los colonos, hace de Santa Fe una zona con gran capacidad de gestión por parte de quienes la ocupan.

En efecto, los logros colectivos de quienes viven o trabajan en el lugar se han obtenido por la fuerza misma de su asociación. A diferencia de otras asociaciones vecinales en el Distrito Federal, la ACSF surgió con características peculiares, por tratarse de una zona especial. En primera instancia, porque tenía que afirmarse frente a la laxitud de las funciones en que incurrió Servimet, que supuestamente la administraría; en segundo lugar, porque quienes tienen mayor poder dentro de esta organización vecinal, paradójicamente, no son quienes ahí residen, como ocurre con las organizaciones vecinales tradicionales de la ciudad, sino los grandes corporativos cuyo poder de gestión frente a la autoridades descubre ciertos privilegios en sus negociaciones.

En la medida en que Santa Fe ha sido una zona que desde sus orígenes no ha estado controlada por los instrumentos tradicionales de administración urbana, su proceso de desarrollo ha dependido directamente de

los mecanismos de influencia política que la ACSF ha establecido sobre los distintos niveles de gobierno.

Si bien este organismo se ha ido reestructurando desde su fundación, es notable cómo se ha adaptado paulatinamente a los cambios que el acelerado desarrollo de la zona ha experimentado. La mesa directiva, que es el órgano central de la asociación, está integrada de una manera plural, tanto por gerentes de diversos inmuebles, como por residentes y propietarios de los mismos. El 23 de febrero de 2004 se constituyó un convenio entre el GDF (Gobierno del Distrito Federal) y la ACSF que establecía las bases de colaboración y las condiciones bajo las cuales el Gobierno se comprometía a realizar aportaciones bimestrales de recursos al fideicomiso. Con ello, y de manera recíproca, la asociación se comprometía a realizar obras de urbanización, mantenimiento y mejora de la zona.

De esta forma, la ACSF se convirtió en la primera asociación colectiva en México con un sistema de autoadministración privada. Esta peculiaridad ha sido tan efectiva en su organización que inclusive colonias de la ciudad de México, como Lomas Altas, Paseo de las Lomas, Lomas Reforma, Lomas de Virreyes, Lomas de Vista Hermosa, Lomas de Bezares, entre otras, aun cuando no pertenecen al área de Santa Fe, han acudido a la asociación para ejercer presión ante las autoridades por el fuerte incremento al impuesto predial. Es decir, el poder de gestión de la asociación ha servido como plataforma para que otros grupos puedan ser visibles ante las autoridades.

De forma tal que, en el proceso por el que Santa Fe se ha conformado como una zona de vanguardia dentro del contexto capitalino, la participación e influencia de determinados actores e instituciones ha ido definiendo, en buen grado, el carácter y la forma en que se redefine la ciudad. Si, como se plantea en el siguiente apartado, la representación de lo privado se reafirma por encima de lo público, veamos de qué manera se traduce esta realidad en las características y el ambiente construidos.

El carácter de lo privado en la redefinición de ciudad

¿Hasta qué grado la visión del mundo que tienen determinados actores se impone en el proceso de producción del espacio? El estudio de una

zona como Santa Fe, que representa un *parteaguas* en la forma en que se venía produciendo el ambiente urbano, permite identificar algunos aspectos que hablan de cómo determinados grupos con poder afirman sus ideales e intereses en la construcción de la ciudad. Al respecto, Lefebvre (1969) argumenta que en el espacio, además de ser este modelado por elementos históricos y naturales, subyace un proceso de carácter eminentemente político: lejos de ser neutral ha sido, en todo caso, ocupado y usado. En este sentido, podemos afirmar que en el proceso de producción del espacio urbano se descubre el predominio de intereses y valores que generan patrones socioespaciales constitutivos de la dinámica y morfología de la ciudad.

Así, el carácter y disposición de los elementos arquitectónicos, el diseño de las calles y avenidas, y los dispositivos y objetos contenidos en las ciudades han sido, desde tiempos inmemorables, instrumentos que reflejan los valores hegemónicos de la sociedad, donde el sentido de lo público y lo privado se va resignificando por la acción y el carácter de los acuerdos sociales resultantes. Lo que interesa analizar en esta sección se relaciona, precisamente, con la manera en que el resultado de esos acuerdos se plasma en Santa Fe.

La trama urbana servirá como punto de partida. Su análisis permite descubrir cómo se organiza el espacio en una ciudad o en una parte de ella. El trazo de las calles, el orden y la disposición de los elementos arquitectónicos, la delimitación entre el espacio público y el espacio privado son todos elementos que conforman la trama urbana. En este sentido, se trata de un instrumento de gran valía que nos abre la posibilidad de reflexionar en torno a la construcción de los imaginarios sociales, en la medida en que permite ver las intenciones que hay detrás del diseño y de la planeación de las ciudades.

Desde el punto de vista antropológico, el análisis de la trama urbana devela cómo se organiza la sociedad en un espacio determinado, cómo se agrupan los individuos, de qué manera están dispuestos a convivir con sus diferencias sociales. La trama urbana expresa las diferencias entre distintas ciudades y también entre diversos espacios de la misma; refleja la cronología en que se construyen los elementos arquitectónicos, habla de su geografía y de las culturas que la planean y la ocupan. En pocas palabras, la trama urbana es el escenario de una ciudad (Jacobs, 1995: 202).

Un detallado estudio de la trama urbana puede indicarnos, por un lado, cómo se organizan los espacios en diferentes ciudades, en relación con las prácticas sociales que se establecen en el territorio; y por otro lado, dentro de una misma ciudad, permite entender las diferentes formas de organización espacial y de ordenamiento territorial que prevalecen al interior de ella. El análisis permite, entre otras cosas, observar, estudiar y entender el significado social de la organización de los espacios en la ciudad, explorar cuál es la relación que existe entre el régimen político y la sociedad. Los valores sociales, estéticos y políticos también se expresan en el diseño de la trama urbana. Y su análisis revela las convenciones de las calles y su relación con los instrumentos construidos alrededor de ellas: “De la misma forma que el sistema circulatorio de las calles forma la anatomía de la ciudad, su estructura representa el orden urbano como un todo” (Holston, 1989: 123).

De esta forma, un análisis de la trama urbana aplicado en Santa Fe no solo devela los acuerdos resultantes entre las autoridades gubernamentales y el sector privado en la producción de nuevas zonas de la ciudad, sino que las evidencias expresan la forma en que el sector privado marca la huella de su hegemonía en tales acuerdos. Pocas evidencias, como nuestra área de estudio, potencian el carácter de lo privado por encima de lo público.

Para fundamentar esta aseveración, no hay más que hacer un recorrido por los espacios tradicionales de nuestra gran ciudad. Allí podemos encontrar la supremacía de lo que Holston (1989) ha denominado el “sistema de calles”, que, para él, ha definido la estructura física de las ciudades a lo largo de la historia. Con sus respectivas variantes y rasgos distintivos para cada estilo y época, este sistema ha caracterizado la planeación urbana de las ciudades occidentales a lo largo de la historia: Grecia y sus colonias durante el siglo V dejaron una importante influencia en los romanos, quienes llevaron el sistema al norte de Europa, y después este se convirtió en la organización urbana por excelencia en el Medioevo tardío y en el Renacimiento. Durante el siglo XVI, los españoles y portugueses trasladaron su visión de ciudad hacia América Latina, donde establecieron la plaza principal de la ciudad para el dominio de las instituciones más importantes de la Iglesia y del Estado. De esta forma, el modelo de ciudad basado en el “sistema de calles” ha pre-

valecido en la estructura física de las ciudades, desde el Mediterráneo, pasando por Europa del Norte y del Centro, hasta llegar a las ciudades de América Latina (Holston, 1989).

Por ello, cuando se habla de la ciudad moderna, como París de Haussmann, Barcelona de Cerdá de finales del siglo XIX, e inclusive cuando se habla del ideal de “ciudad abierta” de Jane Jacobs (1961), en los años sesenta del siglo XX, o de las ciudades tradicionales latinoamericanas —un sincretismo entre dos culturas: la indígena y la española/portuguesa—, estamos hablando de ciudades donde el sistema de calles da la oportunidad de pensar en la existencia de espacios públicos de encuentro social: banquetas por donde camina la gente, plazas, parques, esquinas de cruce peatonal; son todos lugares abiertos en los que coexisten diferentes clases sociales, donde se produce la interacción de orden público, en fin, donde el encuentro entre la gente es posible.

Generalmente, en un espacio urbano dominado por el sistema de calles, se observa a la gente caminado por las banquetas. Las esquinas son puntos que posibilitan el encuentro con los transeúntes y con los automovilistas. Las aceras son una suerte de espacio liminal que marca la frontera con los escaparates, con las casas, con los edificios, con la vida privada. Esperar el transporte colectivo en la banqueta, utilizar una caseta telefónica en una esquina, e inclusive tener la posibilidad de comprar diarios y revistas en los puestos de las esquinas son actividades propias de una ciudad de este tipo.

Si en el sistema de calles los espacios públicos son los que dan forma y ayudan a ordenar la disposición de las construcciones y edificios de uso privado, en Santa Fe las propiedades privadas son las que van trazando los espacios de uso público, que más que para caminar o acoger al peatón, están ahí para crear un efecto visual. Y esto es así porque la importancia que adquieren las formas arquitectónicas por su singular diseño otorga un carácter meramente funcional a los espacios exteriores y circundantes. El peso escultural de las formas arquitectónicas privadas resta importancia a los espacios públicos, que dejan de ser sitios de encuentro social y se convierten en zonas de tránsito. El ordenamiento de los edificios y de las construcciones va marcando su propia alineación sin importar la calle. De hecho, las calles no son figurales, ni determinan las construcciones a su alrededor. Las banquetas están delineadas en torno a las formas capricho-

sas de los edificios, porque lo que interesa exhibir es la monumentalidad de las construcciones. Estas últimas no están alineadas, más bien, siguen una organización espacial anárquica en torno a su diseño.

Las repercusiones sociales de la nueva organización espacial

Como consecuencia lógica de esta disposición, las dinámicas sociales tienden a mostrar ciertas particularidades en el caso de Santa Fe. Frente a la monumentalidad de lo privado y la irrelevancia de la calle, los mecanismos de acceso, vigilancia y control se integran al diseño arquitectónico de manera natural⁸. Como resultado, asistimos a un conglomerado de inmuebles en los que, en todos los casos, la vigilancia detona actitudes y comportamientos que le dan cierta particularidad a Santa Fe. Por supuesto, los sistemas de control y vigilancia no son exclusivos de esta zona, también pueden apreciarse en otros puntos de la ciudad; sin embargo, en otros rumbos aun coexisten con diferentes inmuebles: casas habitación, comercios con escaparates hacia las calles o cafés y restaurantes. En cambio, en Santa Fe no existe una sola propiedad residencial, e incluso ningún edificio de oficinas corporativas, que no tenga un mecanismo de control y seguridad en su acceso. Absolutamente en todos los casos es necesario pasar por este proceso. Sin estos mecanismos de control Santa Fe resulta inconcebible.

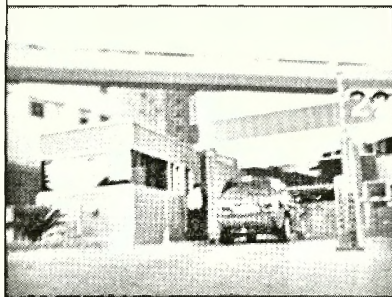
¿Qué significaciones adquiere el uso del espacio por quienes lo ocupan? Es claro que un lugar que produce funciones tan disímiles entre sus usuarios generará diversas representaciones sobre el mismo. Un acercamiento etnográfico a la zona en donde se realizaron entrevistas a nivel “interclase” permitió recoger la percepción que cada actor tiene sobre el uso y significado del espacio, así como su relación particular con el entorno: su situación laboral, de residencia, de legalidad, de pertenencia, de clandestinidad, de paso, y el uso particular que se atribuye a los espa-

8 Si bien se argumenta que el incremento de los sistemas de seguridad y los mecanismos de control en las propiedades privadas son una respuesta al aumento del crimen y la inseguridad (Caldeira, 2000; Cabrales, 2002) en las grandes ciudades, considero que también subyace una fuerte tendencia a integrarlos al diseño arquitectónico con propósitos estéticos.

cios público y privado desde las expectativas que genera el lugar para cada habitante.

El complejo escenario resultante nos muestra que lo que ocurre en Santa Fe no sucede en otros espacios de la ciudad. Pero, lo que sus planeadores, ideólogos y quienes toman decisiones para la zona no han querido que ocurra en la ciudad se reedita en Santa Fe. La misma organización interna de los conjuntos arquitectónicos marca determinadas prácticas cotidianas en la calle. Por un lado, muy a pesar de la intención de la ACSF y de quienes tienen el desarrollo de la zona en sus manos, las prácticas que son típicas de la ciudad, como la irrupción de vendedores ambulantes, el establecimiento de puestos de comida en las banquetas o la presencia de limosneros en los semáforos, se reproducen con la misma velocidad como en cualquier otro lado de la gran urbe. Y por otro lado, los sofisticados mecanismos de acceso y control jerarquizan y reproducen la exclusión social de manera sistemática.

Fotografía 1. Sin excepción, todos los inmuebles en Santa Fe cuentan con acceso controlado y vigilancia privada



Fuente: Margarita Pérez Negrete

Fotografía 2.
¿Espacios públicos o espacios abiertos?



Fuente: Margarita Pérez Negrete

La búsqueda del espacio público

En efecto, muy a pesar de que gran parte del espacio público fue concebido para uso vehicular⁹, las actividades callejeras típicas de la ciudad se reproducen en determinados puntos de la zona, donde el encuentro social en las banquetas y camellones es inevitable. Si bien es cierto que aquí se produce una transformación del escenario urbano capitalino, también sucede que el uso de las calles y del espacio público en general no ha cumplido las expectativas que tenían en mente los planeadores, los colonos o los propietarios. Lejos de haberse convertido en una zona ordenada y limpia, o de prevalecer en esta una convivencia entre estratos sociales homogéneos, en el espacio público prevalecen prácticas cotidianas que rompen con los ideales del megaproyecto: las desigualdades y los contrastes sociales se hacen tan evidentes como en cualquier otro sitio de la ciudad. Es decir, a pesar de las intenciones de cambio y transformación social que están implícitas en la concepción misma del proyecto, en realidad se trata de una zona que está enclavada y es utilizada por una sociedad fuertemente marcada por las necesidades de las distintas clases sociales.

9 A excepción del denominado “Centro de ciudad” que en la actualidad es el único parque público de la zona y debajo del cual se está proyectando construir un enorme estacionamiento.

Con la intención de no reproducir algunos males que aquejan a la ciudad, la zona fue diseñada como un espacio en el que no se pudieran establecer vendedores y comercio ambulante. Al respecto, la ACSF se ha encargado de reforzar estos preceptos y ha sido muy clara en señalar que deben vigilarse con rigor. Sin embargo, la presencia de los establecimientos es una realidad que ha rebasado las expectativas de los planeadores y de la Asociación de Colonos. A pesar de los intentos de estos últimos y de las acciones de las autoridades, en conjunción con los intereses de los colonos, los puestos ambulantes de comida rápida se han expandido por las calles de la zona aparentemente sin ningún control. Pues sucede que el personal que labora en los corporativos y en los comercios demanda la presencia de estos establecimientos para resolver las necesidades cotidianas de su jornada laboral en el área; la afluencia de empleados y trabajadores continúa siendo un motivo para seguir instalando improvisadamente puestos de comida, ya que a pesar de la existencia de comedores en algunas empresas, un buen número de personas asegura que prefiere comer en la calle.

Al respecto, ha sido interesante observar cómo una calle, poco a poco, ha cobrado importancia por ser, actualmente, una de las que mayor densidad de corporativos tiene, la agrupación de una multitud de empleados y trabajadores que se dan cita para almorzar en la vía pública. Entre las 12:30 y las 15:00 horas del día, se observa la llegada de los proveedores: automóviles y camionetas viejas y en muy mal estado. Se estacionan en ciertos lugares donde son fácilmente distinguibles por sus clientes, abren sus cajuelas y venden paquetes con almuerzos a precios económicos. El vehículo está adaptado para cerrar la cajuela justo en el momento en que se acercan las patrullas que vigilan el área. Al preguntarle a una propietaria de un puesto de alimentos en la av. Santa Fe sobre por qué exhibe su mercancía en la parte trasera de su automóvil, ella respondió: "Tengo que estar preparada para cerrar la cajuela, arrancar el vehículo y salir lo más rápido que pueda cuando llega la Policía".

También recorren la zona ciclistas que portan una enorme canasta o una caja que contiene tacos en la parte posterior de su bicicleta. Otros más se instalan en plena banqueta y sacan un paraguas para protegerse y resguardar sus alimentos del sol. Las personas se agrupan alrededor de ellos para empezar a comer. Inclusive los mismos policías que hacen vigi-

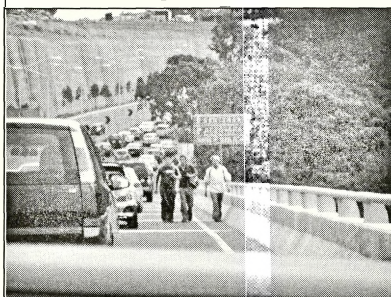
lancia en la zona, y cuya predilección por estos elementos es igual a la de los empleados, se detienen a disfrutar de unos ricos tacos.

Esta escena, tan cotidiana en las calles mexicanas, cobra una singular importancia en Santa Fe. La prohibición expresa que existe en la zona para la instalación de ambulantes le da un carácter de mayor espontaneidad al acto de comer. El grupo de personas reunidas es completamente heterogéneo, por su manera de vestir es posible distinguir distintos estratos de la sociedad realizando la misma actividad. Hombres que portan traje y corbata, otros que llegan caminando desde su lugar de trabajo, en mangas de camisa y corbata; se trata del personal de oficina. Quien labora en grandes corporativos o importantes oficinas y no porta un traje con corbata y viste de manera más casual generalmente realiza labores de más baja remuneración, como trabajos de mensajería, de mantenimiento, de servicios particulares —chofer, jardinero, limpieza, etc.—. Se trata de un grupo muy diferenciado de personas que se aglutinan en un lugar para comer y ello habla de un gusto y de un acontecimiento del día del cual el mexicano capitalino no puede prescindir.

Es algo paradójico, porque aun cuando algunos grupos como la ACSF y las autoridades persiguen insistentemente que no se instale el comercio ambulante, también “toleran” la presencia de este tipo de prácticas. Ante la ausencia de fondas y establecimientos de comidas económicas en Santa Fe —que son comunes en otras partes de la ciudad— y ante la gran demanda de los consumidores, cuyas necesidades se suman al gusto por preservar sus costumbres alimenticias, la proliferación de establecimientos ambulantes es un fenómeno evidente. El panorama se concretiza por la disponibilidad de fuerza laboral urbana que ve en la zona una oportunidad para procurarse medios de subsistencia en la vía pública. Se trata, pues, de un círculo que gira en torno y subsiste gracias a las costumbres y prácticas cotidianas de la sociedad.

Fotografía 3.

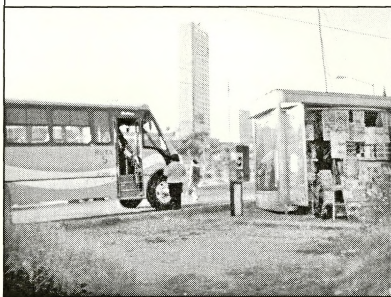
En Santa Fe, el peatón no cuenta



Fuente: Margarita Pérez Negrete

Fotografía 4.

Los paraderos de transporte público:
sitios inhóspitos y sin mantenimiento



Autora: Margarita Pérez Negrete

El espacio liminal: entre lo público y lo privado

Cuando un individuo se sitúa frente a un edificio, ¿qué sensación le produce? O, en otras palabras, ¿qué relación hay entre lo que proyectan los edificios y la disposición de los individuos? ¿Qué reacciones producen las formas arquitectónicas en las personas? Las diferentes representaciones que se tienen del objeto están asociadas al papel que juegan los individuos en el espacio, así como a su particular ubicación en el abanico social.

Si Santa Fe representa algo como enclave global, esto es la materialización del discurso de la globalización en una sección de la ciudad, y con ello, la manera en que se reflejan los valores de una sociedad a través de la arquitectura. Si, en el plano cultural, la globalización significó la instauración de ciertos preceptos —como el de ganancia, oportunidad, individualidad, eficiencia y competitividad—, los mismos que se han convertido en importantes referentes para evaluar el comportamiento de las personas en su relación con la sociedad, estos valores también se aplican en la arquitectura: el diseño de cada construcción se exhibe con majestuosidad en un afán de competir con otros edificios de la zona. La arquitectura expresa lo que, a nivel social e individual, se busca transmitir: el poder del libre mercado y de la competencia. Al igual que una persona busca proyectar la imagen del éxito a través de su imagen externa y en su interior busca incansablemente el confort y una mejor calidad de vida, los complejos arquitectónicos de la zona buscan proyectar una fachada novedosa e interiores cálidos y seguros.

Así, quien forma parte del selecto grupo de usuarios, residentes y propietarios de los inmuebles utiliza los accesos de la manera en que fueron planeados, es decir, a través de un automóvil propio y por entradas preferentes. En efecto, los accesos a todos los inmuebles están diseñados para el automóvil, lo que acentúa el aislamiento y la seguridad de los interiores. Los corporativos, los edificios residenciales, los restaurantes, e incluso los hoteles y centros educativos son como células introvertidas, aisladas del contexto urbano. Porque su funcionamiento es interno, les interesa organizar una vida cotidiana al interior de los mismos, sin importar el exterior. A partir de un acceso local controlado, pueden olvidarse de la calle. Las actividades de interacción social de diversa índole se realizan, igualmente, en los espacios internos, incluyendo aquellas actividades recreativas como correr por áreas verdes o hacer ejercicio.

Como parte complementaria a los sistemas de control, el personal doméstico, de servicios y mantenimiento que allí labora es estrictamente vigilado en los accesos, para evitar cualquier entrada sorpresiva y procurar una mayor seguridad en los interiores.

Quien solo pasea para mirar las fachadas de los edificios residenciales, de los centros de consumo, o de los restaurantes no puede siquiera imaginar lo que encontrará adentro. Las calles solitarias contrastan abrupta-

mente con los interiores bulliciosos. Al llegar a un restaurante de nombre Guadiana, uno de los más prestigiados de la zona, en el que es necesario hacer una reservación o esperar algún tiempo para poder entrar, el espectador se encuentra frente a la entrada de un edificio con acabados de cantera y diseño moderno. Su acceso principal, como el de la mayor parte de los restaurantes, está diseñado para que el consumidor llegue en automóvil. El primer encuentro es con la rampa principal de un edificio monumental, cuyas proporciones hacen que el individuo se sienta diminuto. Algunos hombres que trabajan ahí para recibir el automóvil (conocidos como *valet parking*) abren cordialmente la puerta del conductor para recibir el auto; la entrada requiere de una identificación previa y posiblemente de una mirada selectiva por parte del anfitrión o *hostess*, para saber si es posible ingresar al restaurante. Una vez superado este trámite, el individuo se topará con un diseño interior de mármoles y canteras, palmeras, macetas gigantes de herrería y bullicio. Tanto el diseño de cada edificio como sus interiores son únicos, le dictan personalidad al lugar, son espectaculares y tienen la intención de sobresalir entre los demás. También la presencia del individuo como consumidor del espacio es espectacular. Su porte se enaltece al cruzar esta barrera, porque cada persona es fácilmente identificable adentro, como perteneciente a los estratos medios y altos. En la sociedad mexicana, especialmente en la capitalina, la gente suele marcar sus diferencias sociales por la manera en que se viste y por el tipo de automóvil que conduce. El simple hecho de estar ahí, vestir de una manera casual y cosmopolita —en fines de semana, con *jeans*, camisas sueltas y ropa casual de marcas de prestigio internacional; entre semana, los hombres con trajes de fino casimir y las mujeres con ropa fina, como la que suele verse en las revistas de moda y en las calles de los grandes barrios internacionales—, y llegar en algún vehículo cuya marca y modelo son costosos genera una distinción social.

Al escuchar las conversaciones de las mesas y entablar conversación con la gente, se advierte que la mayor parte de los grupos laboran en los corporativos cercanos. También es posible observar extranjeros, especialmente norteamericanos, franceses, coreanos y orientales en general. Todos ellos se distinguen por un relajado refinamiento y por las formas de disfrutar su estancia en el lugar: como si fuera algo de todos los días. En las calles que rodean estos restaurantes, las banquetas se encuentran práctica-

mente vacías, y solo se aprecian algunas sombrillas que resguardan a los hombres que reciben vehículos para estacionarlos. No hay bancas para que la gente se siente, se aprecian pocos árboles, y no hay paradas de transporte colectivo o ningún tipo de mobiliario público como el que se ve comúnmente en las calles de la ciudad.

Por otro lado, quienes acceden a los inmuebles de forma peatonal generalmente conforman el numeroso y heterogéneo grupo de personas que prestan sus servicios para que la zona y el establecimiento funcionen adecuadamente. Los accesos principales no han sido diseñados para ellos y parece que, en el proyecto original, los planeadores olvidaron que su imprescindible llegada demandaría sistemas de transporte colectivo eficientes. La percepción de los diseñadores es comprensible: en nuestro país, quienes utilizan el transporte colectivo son las clases populares y por ello los paraderos y estaciones están impregnados del ambiente y los elementos distintivos de la cultura popular: música a todo volumen, venta de fritangas y otros antojitos, etc. Algo que sería inconcebible en una zona de vanguardia. Sin embargo, la presencia de esta clase trabajadora es indispensable y se reafirma en medio de un sinnúmero de carencias que no le garantizan una estancia digna en el lugar. Como resultado, los ya existentes mecanismos de control se intensifican.

Una serie de visitas de campo a Torre Latelier, un complejo residencial en Santa Fe, ilustra los procedimientos que se aplican con las personas que acceden al inmueble y no son residentes. Para un visitante que llega en automóvil, su acceso al lugar estará perfectamente controlado y monitoreado al detenerse frente a una pluma de acceso distinta a la que se abre para los residentes del lugar. Posteriormente, el personal de vigilancia solicita al invitado que le informe a qué edificio y qué departamento se dirige, y a qué persona busca. Después de comprobar, a través de un intercomunicador, que el residente autoriza la entrada al visitante, se le solicita que se identifique con un documento "oficial" (credencial para votar, pasaporte o licencia). Acto seguido, se intercambia este documento por una tarjeta que se coloca en una parte visible del auto y que le da al visitante la identidad de una persona ajena al condominio. Cuando algún proveedor de servicios, como un taxi, un repartidor de *pizza* o algún servicio de entrega particular hace la entrada, los mecanismos de control se intensifican. Después de pasar por el mismo procedimiento

que los visitantes, se revisa tanto la cajuela del vehículo como los paquetes y bolsas que la persona porta consigo. En el caso de los trabajadores y empleados domésticos que llegan a pie, al momento de su entrada, pero especialmente cuando salen, se someten a una revisión detallada: se abren las bolsas personales y se les realiza una especie de “cateo”.

Como es sabido, el sistema de control y vigilancia de Torre Latelier no se practica solamente en Santa Fe. Este es característico de muchas otras zonas residenciales de la ciudad, como Polanco, Las Águilas o Las Lomas, por mencionar algunas. Sin embargo, la particularidad de las calles de Santa Fe como sitios de acceso que privilegian el uso privado del automóvil es que, además, potencian la precariedad del acceso para quienes no cuentan con este medio de transporte. Si a ello sumamos que la sucesión interminable de edificios monitoreados, supervisados y vigilados hace pasar al trabajador cotidiano como un sujeto sospechoso, su indefensión y vulnerabilidad se acentúan. Su diminuta e impotente figura se enfrenta cotidianamente al poder y majestuosidad de los complejos arquitectónicos que están representados por sujetos impersonales que empodera una empresa para inquirirlos. De esta forma, los mecanismos de sospecha se constituyen en una parte integral del diseño arquitectónico.

A manera de conclusión

A lo largo de estas líneas he realizado una acercamiento a la zona de Santa Fe con la intención de dar cuenta de cómo se concibió y cobró existencia un modelo de planeación urbana que habla de una nueva forma de producir la ciudad. Pocas evidencias, como nuestra área de estudio, expresan la forma en que se potencia el carácter de lo privado por encima de lo público y ello, desde luego, tiene consecuencias importantes en las dinámicas sociales resultantes.

Algo que puede concluirse de lo aquí presentado es que Santa Fe, al igual que otras áreas de la ciudad que han sido concebidas bajo fórmulas similares, evidencia la emergencia de nuevas formas de producción del espacio, que transforman o rompen con los patrones tradicionales de urbanización de la ciudad, pero, especialmente, dan cuenta de que la activa participación de la iniciativa privada como principal protagonista y

conductor de los procesos de desarrollo urbano, al actuar dentro de los límites que impone su misma naturaleza especulativa, lejos de producir lugares más equitativos, refuncionaliza el discurso de la diferencia.

En efecto, la puesta en marcha del megaproyecto revela la emergencia de una serie de realidades típicas de la estructura social mexicana que buscaban ser eliminadas con el plan, pero, paradójicamente, lejos de suprimirse, se han reforzado. Si el surgimiento de Santa Fe buscaba crear una zona distinta a otros espacios de la ciudad, libre de desorden, de ambulantes, limpia, que no exhibiera los contrastes sociales que existen en México, para poder transmitir una imagen de desarrollo, lo que ha ocurrido es exactamente lo contrario. Hemos visto cómo, a través de las prácticas y los mecanismos de planeación urbana que se han instrumentado en la ciudad y en la zona, las intenciones originales de quienes habían concebido el proyecto se revierten. Esto debido a que, independientemente de la eficiencia de los acuerdos pactados per se, en el caso de Santa Fe, al servir a los grupos con más poder económico y con más organización en sus intenciones de conformar un tipo de suelo con mayor plusvalía, se acentúan las desigualdades típicas del patrón metropolitano.

En esta misma dirección, la presencia de prácticas que son cada vez menos disimuladas y más toleradas por parte de quienes deben proscribirlo, como lo demuestran los distintos tipos de actividades relacionadas con el ambulante y con el comercio en la vía pública, se traducen en un intento por recuperar las rutinas de la vida cotidiana de las calles que están siendo negadas. Asimismo, al requerir de una fuerza laboral que recibe bajos salarios, se evidencia la dependencia de las clases populares para que la zona opere productivamente. Y así, paradójica y sucesivamente, una zona que busca crear la imagen del primer mundo no puede prescindir de la fuerza laboral de quien vive en condiciones de tercer mundo.

Finalmente, el estudio se refiere a algo que ocurre con el rumbo que está tomando el desarrollo urbano a nivel mundial, particularmente en sociedades con estructuras socioeconómicas heterogéneas y desiguales como la nuestra. Por un lado, vemos que el proyecto político neoliberal que busca crear una apertura económica e irradiar una imagen de articulación a nivel global se fortalece; y por otro lado, se consolida una dinámica que privatiza paulatinamente la seguridad —incluso en las calles—, y también las formas de sociabilidad. Apertura hacia el exterior y privatiza-

ción al interior son dos procesos que, en la actualidad, expresan los problemas inherentes al diseño urbano.

En este proceso, las autoridades políticas, así como los actores sociales que ocupan posiciones privilegiadas en la producción del espacio, dejan ver cómo se relacionan con el resto de la sociedad y cómo esperan conducir las transformaciones sociales. Como resultado, el diseño de las calles, las convenciones arquitectónicas y la naturaleza de los espacios público y privado reflejan el interés privado por encima del público, lo que refuerza las condiciones de estratificación prevalecientes, en lugar de proveer mejoras cualitativas en el interés de la mayoría. Sorprendente y paradójicamente, esto se está convirtiendo en una tendencia de la planeación urbana de la mayor parte de nuestras ciudades, que, a la vez, apuesta por consolidar sociedades más democráticas.

Bibliografía

- Cabral, Luis Felipe (2002). *Latinoamérica. Países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara / UNESCO.
- Caldeira, Teresa (2000). *City of walls: crime, segregation and citizenship in São Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Harvey, David (2007). *Brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Holston, James (1989). *Modernist city: an anthropological critique of Brasília*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jacobs, Allan (1995). *Great streets*. Cambridge: MIT Press.
- Jacobs, Jane (1961). *The death and life of great american cities*. Nueva York: Vintage Books.
- Lefebvre, Henri (1969). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Pérez Negrete, Margarita (2010). *Santa Fe: ciudad, espacio y globalización*. México: UIA, Puebla / UIA, México.